

**Eugen Relgis**

# **CORAZONES Y MOTORES**

PC  
839  
R45C67  
1900z  
C.1  
ROBA

**Ediciones "HUMANIDAD"**



EUGEN RELGIS

Corazones  
y  
Motores

Versión castellana  
de PABLO R. TROISE

EDICIONES "HUMANIDAD"

NOV  
6  
1986

"Este elemento nuevo de la  
emoción mecánica".

GEORGE SILVIU

Eugen Relgis conoce al hombre. Lo ha seguido de cerca por el mundo, lo ha encontrado, sin duda, sobre el mundo.

Por lo mismo, salvando las distancias que van desde lo efímero a lo eterno —o bien, a lo que **puede** ser eterno— quiso hallar en la máquina inclemente su Verbo irrefrenable: su sentir, su pensar, su propio andar.

No porque sí ni **ahora**, sino ANTES: hace cuarenta, casi cincuenta años, cuando no era difícil escuchar en las penas y las sombras tan sólo "las romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a la luna"...

Y vino a comprender —ya lo sabía— que en la máquina el hombre fue dejando su propia libertad, todo el soplo del alma, y hasta el ser.

Por eso el artesano y el poeta forjaron el estilo de **otro** andar para salvar esa alma y su destino, serena realidad del hombre en sí.

Y sólo **CORAZONES Y MOTORES** —confundidos y frágiles los dos— se fueron alejando de sus manos tras el crisol del tiempo, tras ciudades viajeras y febriles, tras mineros de piedra, tras un mito, o entre los altos hornos de las fábricas.

Entonces nació el verso.

Del amor, del dolor.

Con las formas extrañas y huidizas del mundo y de las gentes.

Con el último grito del planeta crujiendo entre los dientes de la máquina.

Con la emoción mecánica que deja, "por sobre la contienda", como un eco de olvido sin razón.

Con el ritmo de un paso incomprensible que hace crecer la luz de la existencia hasta que cruza el pueblo de la tierra, **quedándose en el pueblo** y en su historia

"Antilíricamente". Así lo vemos en esta selección de sus poemas. ¿Cómo? "Sin serenatas", dijo Enrique Furtuna, compañero de letras de Eugen Relgis.

Olvidando las torres de marfil.

PABLO R. TROISE



# OBRAS Y FABRICAS

---

## EL CANTO DE LA MAQUINA

I

En subterráneos olvidos  
estaba con mis fuerzas reprimidas,  
oculta en la negrura mineral.  
Transcurrían milenios ignorados  
irrefrenablemente transformados,  
cruzando el infinito sideral.  
El corazón ardiente del planeta  
latía con impulsos renovados.

Hundido en las montañas gigantescas  
mi ser yacía sin formas.  
Tronaba sobre mí la pesadez,  
junto a la resistencia y la unidad.  
Pero bajo el abrazo de la muerte,  
mi vida palpitaba con furor  
en el juego tremendo de los átomos,  
pues mi misión se estaba preparando  
durante aquella espera interminable...

Porque el tiempo ya es de la conciencia  
que busca sobre mí su perfección,  
así como su propia libertad  
ante la ley, severa e implacable.

.....

Y fue la luz, prudente y anhelante,  
tras los pasos del hombre,  
hasta mis más recónditos secretos.

Golpes firmes, valientes,  
me traspasaban, me desmenuzaban.  
y despertaban ecos dolorosos.  
¡Oh, lucha despiadada del Trabajo!  
En los hornos altivos

mis fuerzas se aceraban,  
y mi esencia se iba reintegrando,  
escurriéndose pura por los moldes.

El pensamiento y la necesidad  
encontraban por mí sus armas nuevas.  
La voluntad y el mito de la fuerza  
creaban, siempre aun sobre la muerte,  
ya despreciando la fatalidad.

Mi poder se extendía  
lenta y seguramente  
bajo los esplendores de la luz,  
y dominaba a quien me sacó un día  
de las profundidades de la tierra,  
para darme las formas de la Máquina.

## II

¡Hombre! Escucha mi canto  
mezclado con mil voces, y comprende  
que por mí hablan las potencias vírgenes.  
Resonante y frenético se alza  
el ímpetu creador buscando el cielo,  
y sin cesar los ruidos de las ruedas  
y de los engranajes  
trepidan bajo el sol como una nube  
de polvo iridiscente.

¡Hombre! Mira mi rostro y reconoce  
que renacen por mí fantasmagóricos  
enemigos, y ancestros prehistóricos.  
Siempre estoy devorando:  
la matanza implacable de la bestia  
brilla en mis ojos sin pupilas y  
en mi boca de dientes rechinantes.

¡Hombre! Mira mi cuerpo,  
mis ademanes y mis gestos rápidos,  
y piensa que mil veces



se renuevan tus fuerzas agotadas.  
¡Qué mezquina es tu arcilla  
al lado de mi torso de titán,  
con nervios que satánicos ordenan  
mientras truena y aúlla el corazón!

¡Hombre, estremécete!  
Tu conciencia está en mí;  
tu orgullo de creador me hace tu amo,  
y las necesidades que te acosan  
ante mí te doblegan por entero,  
ya que por ese pan que yo te entrego,  
me das toda tu hombría.

Hombre, tú no te atreves  
a quebrar mi dominio rebelándote.  
Por las noches, de día, a todas horas,  
a mí te sacrificas como a un dios.  
Expías tu pecado:  
creaste un mundo nuevo y te abalanzas  
de un horizonte al otro entre las cumbres  
...pero tu hambre es siempre renovada.

Hombre, redímete,  
con humildad y con resignación.  
¡Yo te mecanicé!  
Anexo a mi unidad compleja, eres  
el esclavo que piensa para mí;  
un creador sujetado a su creatura,  
que forjando destruye y aniquila,  
aplastando en el odio al propio amor...

Hombre, tú has fundido  
el bien y el mal en mí,  
cuando en los esplendores de la luz,  
tú me diste las formas de la Máquina,  
entregándome al par tu vida misma.

## EL CANTO DEL ALBAÑIL

### I

Desde lo alto del liviano andamio  
mi vista abarca toda la ciudad,  
maciza y dura —como roca enorme  
que en la noche deforme se ocultaba.  
Y crece a pleno sol,  
subiendo lentamente, irresistible,  
al empuje de esfuerzos milenarios  
de pequeños titantes.

Fulgen faros en lo alto de las torres  
como si fueran frentes poderosas  
irradiando la luz del pensamiento  
surgido desde abajo,  
en las casas febriles,  
donde los gestos ágiles y breves  
originan la vida de las cosas.

Las calles no agotadas  
—cruzadas como red  
de ríos turbios—  
encauzan el oleaje de las gentes  
esparciéndolo luego  
allá donde palpita el sufrimiento,  
donde gime el deseo;  
donde se han de temprar las voluntades,  
clamando las ideas que renuevan:  
allá donde los héroes  
plasman su sacrificio.

Y las calles persisten vigiladas  
por los hornos candentes  
que lanzan a través de las alturas  
—hasta purificarlo—  
el hálito pesado y tenebroso  
del trabajo por siempre apresurado,  
dispersándolo así en la eternidad  
a que aspiran los hombres en el valle.

Y tantos ruidos útiles  
se unen en un cántico armonioso.  
¡Oh, la voz de la tierra  
anhelando la paz que está en el cielo!  
Desde el fondo de humildes corazones  
se eleva la plegaria generosa  
de la ciudad doliente  
...y glorifica  
la luz de su creación.

## II

Aquí, en los livianos  
andamios  
yo trabajo en mi muro asiduamente  
desde que llega el alba hasta la noche.  
Cuando los pajarillos  
me rozan con sus alas en el vuelo,  
me estremecen las simas a mis pies,  
y siento lo alto  
que está aún el cielo.  
Pero mi trabajo  
me sirve de apoyo.

¡Un ladrillo y otro!  
Mi vertical no vacila...  
Yo levanto al espacio la materia  
y bebo el soplo frío  
del viento ávidamente.  
No tengo miedo cuando  
la tormenta —viniendo desde lejos—  
precipita su furia sobre el "monstruo"  
que anhela hacia los astros.

Aullando entre los pisos  
desiertos o gimiendo  
entre andamios vibrantes,  
prueba la tempestad mi propia pena.  
¡Un ladrillo y otro!

Mis cánticos ligeros  
perecen dispersados  
en polvo entre las nubes,  
cuando, de abajo, la ciudad me envía  
su ánimo viril y persistente.

Porque la vida se renueva siempre  
con las horas del día.  
Le da aspectos cambiantes,  
inesperados estremecimientos...  
Mi trabajo también es renovado.  
¡Y el muro sube!

—¿Hasta dónde?  
yo me pregunto en el anochecer,  
cuando a mis ojos la ciudad se esfuma  
ocultada en la noche  
de las grandes estrellas.

Y al fin, al descender  
de mi cielo al reposo que me espera  
—prometiéndole dones a mi pena  
y a mi acción de hombre alegre  
que piensa con firmeza—  
entonces yo me digo:  
—Mañana más arriba  
levantaré mi muro...  
¿Pero hasta dónde? —¡Siempre más arriba!

Quiero alzar mi aliento joven  
más alto que las torres más altivas;  
quiero que mi vista abarque  
horizontes más vastos cada día,  
y que mi sueño lúcido  
me lleve hacia el cenit.

Y quiero que mi canto se abalance  
triumfal donde los pájaros  
no llegan a subir:  
quiero que la ciudad tenga su eje  
alrededor del cual pueda creer  
que gira sin cesar la tierra entera.

## EL CANTO DEL JORNALERO

Yo soy el más humilde  
de aquellos sometidos a la fatalidad,  
sintiendo que el vivir  
es el padecimiento en esta tierra:  
en lugar de los muertos, es la vida,  
el tributo exigido duramente  
por el instante que en nosotros late,  
y que se pierde luego en lo infinito.

Soy el más pobre de los que nacieron  
en la gleba desnuda.  
Mi cuerpo es más templado  
que el de la propia máquina, que a prisa  
teje su odio en la canción de ruedas.  
Sé que llevo tesoros sobre mí,  
pero no los codicio y no pregunto  
de dónde vienen, ni para quién son...

Yo soy el más hambriento  
de aquellos hermanados en el dolor, y arranco  
la fuerza de mí mismo,  
manteniéndome firme  
con esa voluntad de los ilotas  
heredada y guardada,  
igual que la dureza del diamante,  
entre la escoria impura.

Yo soy el más callado  
de aquellos sometidos a escuchar  
los mandatos de siempre,  
y los misterios de la redención.  
¡Oh, alma mía, sigues soportándome,  
y no me pides nunca que golpee  
a quien me está agobiando,  
porque ya no sé odiar...

Estoy tan resignado  
como tal vez lo está la eternidad  
bajo un cielo sin límites,

con mundos que renacen sin cesar.  
Sobre mis hombros llevo tantas cargas,  
que me parece que no soy el mismo  
cuando descanso bajo las estrellas...

¡Oh, mi trabajo  
de jornalero!  
Lo quiero con la hombría  
que todavía permanece en mí.  
Yo siempre, siempre, llevaré mi carga  
...Y ni aún cuando muera  
me creeré librado:  
yo siento que mi vida  
perdurará en mil cosas  
que sorbieron mis fuerzas —y en los hijos  
que engendrara en mis penas y penurias.  
Y sé también que otra carga  
—cuando retorne a la tierra—  
ha de pesar nuevamente,  
pero con más bondad...

# LEYENDAS MODERNAS

---

Al Ing. S. Soru  
In memoriam.

I

## EL IDOLO DE HIERRO

Entre los labradíos se construye una fábrica,  
abundando las mieses entre los horizontes.  
Los paisajes extienden su belleza serena  
bajo lánguidas olas que va volcando el sol.

Trepida la pesada hormigonera,  
envuelta en polvaredas de cemento  
y su vientre, girando, se derrama  
en carretillas de chirriar agudo.

Exige, exige más y siempre exige.  
¡Qué tremenda es la máquina que manda!  
("Un hombre", y otros más, están llenando  
a toda prisa su acerado copa).

Todos trabajan a su ritmo duro  
desde el amanecer hasta el ocaso.  
Es tan pesada la monotonía  
del mismo trajinar mecanizado...

Y es más penosa en tardes de verano  
con horizontes abrasados, cuando  
la tierra desparrama aromas fértiles,  
llamando al sueño y aflojando el ímpetu.

En su pala se apoya el hombre y mira  
la blanca lejanía, vagamente,  
y oye el zumbido de una trilladora,  
aunque a su lado —más potente— lanza

la hormigonera su rugido hambriento...  
El soñador se mece en el olvido;  
sus párpados se cierran —¡y helo allí,  
apresado por brazos despiadados!

Hondo penetra el hierro al cuerpo joven,  
y el aullido de muerte  
es el aullido  
que ha podido lanzar la vida misma,  
victoriosa, por obra de la máquina.

La hormigonera  
se sacude y muerde,  
rechina por sus ruedas,  
sus dientes, su motor...  
Y con su vientre giratorio, inmenso,  
parece que quisiera digerir  
muy rápido su presa —y vomitarla  
después, entremezclada con arena,  
guijarros y cemento,  
santificando con el alma humana  
la materia, maldita desde siempre.

Y los peones,  
los pobres labradores que dejaron  
la gleba por la máquina imponente,  
quedan petrificados un instante  
—cinco, diez— sin pensar:  
—¿huir? ¿ayudar?..  
y con sus herramientas en las manos.  
Sólo un perro ladra  
con lástima humana  
—saltando hacia la bestia ensangrentada—  
por la vida de aquel que soñó un día,  
mirando el horizonte  
lejano  
de su propia Libertad...



## "HECHOS DIVERSOS"

Crece un palacio nuevo  
justo en el Centro de la Capital.  
Mas ¿quién piensa en el rancho,  
donde yace el dolor del arrabal?

.....

Trabaja "un hombre" como tantos otros,  
y su tarea es simple: en sus espaldas  
debe llevar ladrillos hacia arriba,  
donde está canturreando el albañil.

Sube otra vez la escala en espiral.  
"En mi último día ¿cuántas veces...?"  
Presentimiento brusco. ¡Ah! —y el viejo  
empieza a vacilar bajo su carga.

Con cada paso, incesantemente,  
aumenta el peso sobre sus espaldas.  
Lo siente tan cruelmente confundido  
con su cuerpo agotado, que parece

que él también a sí mismo se levanta.  
¡Es tan triste, perdido en su pensar!  
El va mirando todo su destino,  
siempre en un marco sin revoque: rojo...

¡Oh, ladrillos, ladrillos y ladrillos  
que ha llevado durante cuarenta años!  
La pesadez aumenta, pero él quiere  
—en el último elán— ir hasta arriba.

Las sienas le palpitan abrasadas,  
y las lágrimas brotan de sus ojos.  
Un peldaño... uno más... Sobre sus hombros  
magullados levanta una montaña.

La obra y el orgullo de su vida  
se fijan en la hora del delirio.  
¡El último peldaño! ¡Su victorial  
...Y él jadea en su esfuerzo empecinado.

Pero da un paso más allá y lo engulle  
aquel abismo que se hundía astuto  
entre los siete pisos, sepultándolo  
su macizo silencio subterráneo...

Al otro día en las noticias breves  
de los sucesos de la Capital,  
esas gacetas que lo saben todo  
hablaban algo acerca de "un suicida  
viejo y desconocido"...

### III

## EL CONSTRUCTOR

"¡Cuidado!"

Con su cielo nublado y encogido,  
el otoño cansado ha descendido  
sobre el silo que están por terminar.

Y en inmensos montones, en el patio,  
yacen granos, tesoros recogidos  
en las vastas campiñas generosas.

Llegan trenes y carros desbordantes  
y crece la montaña de los frutos  
que en la neblina del otoño lento

esperan nuevas celdas  
—colmenas gigantescas de hormigón—  
y la boca insaciable del molino...

\* \* \*

"¡Cuidado!"

Y el que grita va arrojando  
presuroso, invisible, sobre el patio  
cosas menudas, tablas y despojos.

Es un siervo y parece un dios extraño  
que libra de sus moldes  
a un horrendo monstruo de hormigón.

Caen trozos de hierro y de madera;  
resuenan sordamente en la llovizna.  
En el cielo hay lejía, y barro abajo...

...

"¡Cuidado!"

Ya es un refrán indiferente y ronco.  
"Un hombre" mira su creación y piensa  
en su duro trabajo —y una barra  
se clava bruscamente en su cabeza.

¿Venganza? ¿Azar? ¿Destino? ¿Para qué  
preguntar algo a la Fatalidad?  
Ella tiene su fin y su elegido,  
y el peso de las cosas le obedece.

...Siete días. La muerte lo desgarró  
con sus dientes de fiera.  
Pero la vida ruge en él: ¡él quiere!  
Se hunde en la noche, vuelve a despertar...

Con su pobre cerebro destrozado  
aún tiene la fuerza de los héroes:  
su ciencia triunfa —y él, en su delirio,  
concibe nuevas obras, nuevos rumbos...

#### IV

#### EPILOGO

¡Oh, anónimos muertos de las obras  
que ensangrentan todo ímpetu a los astros  
con las cargas que siempre están cayendo!  
Nadie los glorifica. A veces surge

un rebelde pensar contra el destino  
que hacemos deslizar nosotros mismos  
en ladrillos, maderas, hierro, piedras...  
Ignoramos la ley que soportamos:

pagamos el tributo de la sangre,  
y no entendemos esa voz silente  
de las cosas —mas todos comprendemos  
y hasta amamos el cuento del pasado...

Nuestros ancestros se sacrificaban  
con firme fe por levantar los templos,  
y enmurallaban vivas a sus hijas  
por animar las piedras con su llanto.

Y en el áspero paso de la vida,  
subiendo alto, más alto, con estéril  
corazón, arrastramos la leyenda  
desde Adán hasta hoy, con nuestros mártires...

# UN DIA EN EL PUERTO

---

## LOS ALBORES

Es la hora, en la noche, cuando reina el olvido  
en la Ciudad inmensa; cuando el silencio grave  
recorre con la brisa los muelles susurrando  
a los seres exhaustos sus voces de consuelo.

En la cerradas sombras de tonos sepulcrales  
parecen más lejanos los aspectos del puerto  
—perdidos bajo vastos desiertos estrellados,  
y en los siglos que el hombre no ha podido contar.

.....

Es la hora en que todos los misterios palpitan  
bajo formas plasmadas por el sueño pesado  
de los siervos que sueñan que también ellos tienen  
sus instantes felices...

Y en el aire grisáceo de pálidos matices,  
los barcos en el puerto parecen respirar  
—siguiendo el ritmo suave de iguales balanceos—  
mientras la noche plena se destrama en el mar

.....

Es la hora en que algo se preanuncia mediante  
señales —signos mudos apenas percibidos—  
que llegan de algún rumbo, creciendo en todas partes  
el terror de la vida, invencible y horrenda.

Bajo el derramamiento de las diáfanas olas,  
los fantasmas del puerto se van reincorporando,  
y es así que resaltan los destinos humanos...  
—Los siervos del Trabajo despiertan otra vez.

.....

Es la hora del áureo nacimiento del día,  
cuando los rayos surgen en chorros poderosos  
que trazan en las casas la faz de la locura,  
y en las máquinas dejan las muecas del dragón...

Ya los mundos serenos desplómanse silentes  
en los que despertaron y arrastran el andar  
con pasos lentos hacia  
donde *los otros mandan*,

mientras las ruedas cantan y aúllan las sirenas.

## DUERME UN HOMBRE

Cae el calor, pesado, desde el cielo  
que ya no gira en amplios horizontes  
ni en las nubes de vagos resplandores,  
pues parece abrasado por mil soles.

Fluido y claro, cargado de espejismos  
yace el calor cual bloque gigantesco,  
y con sus naves naufragadas, rotas,  
se hunde el puerto en el fondo del Atlántico.

En el cansancio de la tierra vibra  
la eternidad; los miasmas se desprenden  
desde las lentas descomposiciones,  
bajo el diluvio de las áureas olas.

Sobre el muelle, entre viejas herramientas,  
hay alguien con aspecto de gorila,  
con los brazos cruzados, encorvado,  
al lado de una pila de carbón.

Manchado de hollín, aceite y polvo,  
en su semblante magro y arrugado  
luce la gruta roja de la boca,  
reflejándose el sol en ella misma.

Y su descanso es cruento entre las piedras  
y los cabos y el hierro, sin saberlo;  
sus fuerzas prietas gimen ciegamente;  
su olvido soberano desafía

la inmensidad del cielo de verano.  
En esa espera se suceden siglos;  
mas, habituado al peso de los mundos,  
él respira inmutable, como un dios.

Surge un espanto blanco en el silencio  
y apaga el gesto vivo de la fuerza:  
bajo la angustia ardiente de la muerte,  
el puerto implora su resurrección...

Pero bajo el sudario  
del abandono cruel va la certeza  
de la fatalidad ávida: el Trabajo,  
que siempre desengaña a la esperanza.

Cuando el grito burlón de la sirena  
traspase al Hombre, se erguirá de un salto,  
y ha de llevar de nuevo, lentamente,  
la misma carga dura y aplastante.

Porque es inagotable  
la pila de carbón,  
y eternamente habrá de ser el Hombre  
su esclavo de arcilla...



## EL CIELO DEL TRABAJO

Cercaron este cielo chimeneas y mástiles,  
con nubes de humo y vahos de enfermizos colores;  
triste, como el trabajo de buques y de fábricas,  
por lo que ya no vemos el cielo de ultramar.

Queda el cielo pagano de puertos extendidos:  
una cárcel fantástica; allí los jornaleros  
olvidan la victoria que exige el porvenir:  
la cumbre solitaria donde apenas los héroes

llegan de vez en cuando desde su anhelo puro.  
¡Oh, este cielo estrecho del trabajo mecánico;  
el de pensar estéril y mudo corazón,  
que su dolor no puede llorar hacia los astros!

Esperan los navíos repletos —¡A zarpar,  
hacia otros países con los mismos destinos!  
(Aúllan las sirenas en el anochecer,  
y el mundo es el que grita su hambre y su pereza...)

En el cielo velado por mástiles y grúas  
se encienden pobres lumbres, cual ojos lagrimeantes.  
Titilan en guirnaldas, dispersas —esperanzas  
quebradas y olvidadas en casas y en callejas,

cerca de los callados y de los muy sufridos,  
que hoy ignoran del cielo la bóveda infinita  
—con millares de estrellas que brillan sin cesar,  
como esperando el tiempo en que abajo los rebeldes,

visionarios, señalen a los hombres las fuentes  
de la iluminación,  
alzando hacia los astros los cantares  
de la liberación...

## NOCHE EN EL PUERTO

Como en la calma de una cripta vieja  
bajo la palpitante noche pálida,  
en su anhelante espera  
van taladrando el agua  
las rojas luminarias.

Y se convierten en columnas largas  
hundidas en un lago de betún  
sosteniendo en sus cimas oscilantes,  
cada una, un barco fantasmal.

De los cuatro horizontes,  
en círculo gigante,  
esos alucinantes  
navíos empujados  
por ciegas tempestades,  
han prendido las garras de sus anclas  
en la rada olvidando  
abismos y naufragios  
que los fueron cercando  
en cadena infernal.

Aquí duermen los barcos agotados...  
Debajo de los velos funerarios  
me parecen sarcófagos  
milenarios con miles de carroñas  
abandonadas por la Vida errante  
en los desiertos movedizos. Y  
—despacio— los instantes del olvido  
con ecos vagos van acompañándose...

Aún duermen los barcos en el puerto;  
la candela en lo alto de los mástiles  
es una araña entorpecida entre  
las velas distendidas. También ella  
se ha cansado de otear el horizonte  
que yace, siempre el mismo, en altamar.  
—Oh, viento, ¿por qué suspiras  
sobre un mundo derrotado?

.....

Una sirena dio su grito largo  
e hizo estremecer la noche plena.  
Y las ruedas ocultas reiniciaron  
su cántico en sordina...  
—Con el albor del día,  
¿hacia qué tierras,  
por qué rumbos secretos partirán  
estos barcos altivos,  
derramando su luz  
sobre el oleaje eterno de la Vida?..

## NOCHE SOBRE EL MAR

La ciudadela viajera sigue avanzando en la noche;  
surca muy hondo la senda que se cierra tras de sí,  
y en susurros miriádicos del fondo del mar se alza  
—confusa y apasionada— una plegaria de amor.

Desde estrellas que parecen los ojos de tristes hadas,  
dejan las sombras avaras gotear apenas la luz  
sobre un quimérico mundo, sin rocas y sin campiñas,  
que se agita desde siempre en su propia inmensidad.

Y en él flota victoriosa la isla humana llevando  
en sus entrañas al pueblo que agotado de soñar  
y de luchar, soportando las heridas de la vida,  
duerme... cuando sólo se oyen los zumbidos del motor.

A veces cruza una llama —lejos, lejos— anunciando  
con sus destellos rojizos que alguna otra ciudad  
va flotando lentamente, también viajera, perdiéndose  
hacia otros puertos soleados, por otras rutas del mar.

Mar Negro, 1914.

# MITOS

---

## LA PIRAMIDE

El felaj va arrastrando su cansancio  
desde el amanecer, por la canícula  
del desierto.

Su vista está fijada  
en horizontes de espejismos cruentos,  
y en cada paso, al vacilar, recuerda  
esos naufragios lentos  
de caravanas extraviadas en  
el mar de arenas arremolinadas.

¡Helo allí! Parece que  
su grito desesperado  
arrancó de la muerte lejanía  
al abra —porque ya en el horizonte  
una cima perfila su firmeza.  
Y sus pasos se vuelven más ligeros,  
palpitando en su seno  
hundido  
la pujanza.  
Y la áspera cima  
se ensancha y se levanta  
cuando más cerca de ella está el viajero  
y extiende en el desierto  
la fascinante alfombra del ensueño  
—su triángulo de sombra.

.....

Yace en su sueño el redimido exhausto,  
abajo, junto a la pirámide:  
montaña traspasando el infinito,  
tan firme que parece  
enclavada en el seno de la tierra;  
tan muda que parece  
ser el refugio mismo del silencio;

tan seca que parece  
más árida y estéril que el desierto;  
tan corroída que parece  
más vieja que la propia eternidad...

Pero el felaj prolonga  
su sueño sin saberlo, y de lo hondo  
del corazón regresan los ancestros:  
el desierto existía,  
pero sin la montaña de granito.  
Y él ve cómo se ha erguido  
la montaña hacia el sol.

Y en el crepúsculo,  
sobre la bronceínea  
pantalla del cielo,  
en la agonía lenta  
del tiempo sojuzgado, se perfila  
un extraño racimo gigantesco:  
tantos cuerpos  
sobre un abismo de desesperanza,  
con sus manos crispadas  
se prenden de la gruesa soga atada,  
a través de estridentes  
poleas, a una viga  
montada en lo más alto...

Se contraen los músculos, y crujen  
las articulaciones;  
centellean miradas  
y brotan lágrimas entre los párpados,  
y los dientes rechinan,  
esparciéndose ardiente  
el vaho del esfuerzo...

El racimo humano  
se fuerce en la tortura del cansancio:  
lo aterroriza el grito del que manda.  
Reposa sobre aquella viga negra

un bloque de granito  
pesado, tan pesado  
y tan grande,  
que parece sin límites sobre ellos  
—y ellos sin tregua  
tiran hacia abajo,  
pues deben levantarlo  
despacio, despacito, más arriba  
y siempre más arriba;  
deben crecer los muros  
de la pirámide  
en la que reinará  
real e invisible  
el dios terreno, el faraón, el amo  
altanero y feroz  
—eternizado  
por el sudor, las penas y la sangre—  
que desde su palacio subterráneo  
va a desafiar al estrellado cielo  
con la montaña pétrea  
de los sacrificados.

Y ese racimo demasiado vivo  
se tuerce y se retuerce  
exprimiendo su savia,  
mientras que, en la sombra,  
con mirada sangrienta el rojo esbirro  
acaricia contento  
—como si fuera un viejo compañero—  
su látigo:  
la fina  
y pulida serpiente  
que ha mordido insaciable  
dejando tantos surcos en las carnes  
de los esclavos negros y cobrizos.

## LOS MINEROS

### I

#### PAISAJE MINERAL

Horizonte abrasado  
de irradiaciones, en el que las nubes  
se funden y perecen.  
Salida del sol, que empieza  
un día más —triunfante y renovado—  
subiendo al infinito, como un héroe  
del cosmos saturado de tragedias  
ocultas tras doradas ilusiones  
recreadas por el hombre soñador.

Bajo el ojo solar y fascinante  
se acercan todas las nubes  
en quimérico entrevero,  
hasta que desaparecen  
en el horrendo foco celestial.  
Un cielo cristalino  
y vibrante  
se extiende ante el astro fecundante.  
La tierra entera, libre de tinieblas,  
largamente parece suspirar,  
mientras que los efluvios de la fuerza  
penetran en el seno  
colmado por las obras de la muerte.

La aridez mineral reina extendida  
sobre el etéreo muro  
de un horizonte circular que ciñe  
a un país:  
no engañan los paisajes,  
y, sin cesar, recuerdan al destino.  
¡Oh, en ninguna parte los misterios del bosque,  
ni el festín de colores y de aromas  
de la Naturaleza  
que desconocería  
el odio y el furor..!



Desiertos calcinados y revueltos,  
y páramos de piedra y de carbón.  
Pirámides enormes, levantadas  
sobre los cementerios  
del trabajo y las penas ancestrales  
bajo el látigo ciego de la vida.  
—Y en esa gloria que en el cielo vibra,  
se derraman las olas  
grasientas, renegridas, de los hornos  
que flamean frenéticas,  
sin tregua,  
alrededor  
de la mina infernal e inagotable...

## II

### EL NUEVO TEMPLO

Al Este se perfila una colina  
como un monstruo asirio gigantesco;  
apoyado en sus patas  
oprima con su peso la tierra árida  
bajo un horizonte de coral.  
—Está echado, feroz, con la arrogancia  
del amo que ve todo por las dos  
grutas hundidas en su centelleante  
cabeza de granito.

Su boca —con colmillos  
de acero— está al acecho,  
abierta en un bostezo horrendo y ancho,  
mientras que los vapores y el humo se entretejen  
como velos enlutados,  
manando desde su frente  
manchada de hollín.

Parece  
que está allí desde milenios  
bajo  
un sol devorador y alegre.

Está desde los tiempos de los reyes-tiranos:  
el terror de los ídolos  
dominaba a los pueblos.

Es el monstruoso templo de Baal,  
en el que penetraban  
solemnemente  
los adoradores,  
sacrificándose en su vientre ardiente  
—o sufriendo el castigo  
que proclamaban los clarividentes...

Parece el mismo: inmóvil  
entre las ilusiones de la gloria,  
y entre las tormentas de la historia;  
por su boca voraz, unas tras otras,  
fueron entrando las generaciones,  
pues la fatalidad del sacrificio  
domina a toda civilización,  
y un dios bárbaro, el mismo, les ordena  
la misma adoración...

Entre los altos hornos encendidos  
los espera la mina,  
el dragón despiadado  
con centelleos de oro  
y horrores invencibles.

Por caminos de escorias y de asfalto  
vienen —siervos,  
los padres y los hijos—  
como en las procesiones ancestrales  
que sin odio  
y sin desesperanza  
siguen llegando desde todas partes  
con pasos lentos, pasos resignados...  
No resuenan más los cánticos  
de los ancestros extáticos  
que al instante a las llamas se arrojaban

sin vacilar.

—Ellos vienen  
con sus pasos lánguidos,  
pues ya no tienen fe.

Su vida es sólo  
una vana y absurda  
dispersión en la Nada.

Por la amplia boca abierta  
como una herida, entran los mineros;  
se hunden en la noche  
subterránea  
y se agotan,  
sacrificándose,  
desierto el corazón:  
sin los ídolos, sin los sacerdotes  
de antaño—

avanzando  
con la pena incesante del ilota  
¿hasta dónde? ¿hasta cuándo?  
a través del laberinto  
de la mina infernal e inagotable...

## LA GRUA

Estrépito de cables y cadenas,  
chirrido de engranajes.  
Un pescuezo de acero  
trepidando,  
en su vértice un pico abierto y curvo  
que reluce en el sol,  
se inclina sobre el muelle.  
Cual jirafa  
que hunde su cuello en las tupidas matas,  
el pescuezo de acero  
entra al bosque de mástiles  
castigados por todas  
las tormentas del mar.

Estrépitos más cruentos,  
más chirriar de engranajes.  
Y llevando en el pico una gran presa,  
sube hacia el sol el cuello  
de aquel monstruo mecánico,  
hasta quebrarse  
otra vez, girando  
titánico y volver a levantarse  
con el pico vacío  
encorvado:  
los barcos llegan sin cesar y el hambre,  
interminablemente, pide, pide...

Bajo el cielo cercado,  
febril y nebuloso  
por el jadear del mundo subterráneo  
—cargado por las penas  
del trabajo del hombre—  
la grúa se parece  
a un ser milenario  
dominando un país  
inmenso:  
un dios  
surgido de potencias tempestuosas,  
quimérico y feroz,  
clavado en  
el seno de la Tierra dolorida...

Bajo las nubes lividas  
de reflejos dorados,  
Ella gira cruelmente:  
plesiosaurio  
con sus huesos de hierro,  
sus nervios acerados,  
su carne de cemento... Gigantesco  
como el ancestro de las selvas vírgenes,  
engendrado en los ciegos  
excesos de la vida;  
un tirano insaciable y furibundo  
de un mundo artificial e incompendido  
por los callados y los resignados...

Y rugiendo y chirriando,  
trepidando sus cables y cadenas,  
la grúa, dueña sin nombre  
de la edad de la máquina y el oro,  
recoge los tributos  
que llegan por mar desde  
los cinco continentes del planeta...

Y la Ciudad, tan vasta,  
con sus bocas de fuego,  
con dársenas y usinas,  
con bancos y mercados,  
rascacielos y plazas, aparece  
horrenda y unitaria:  
cuerpo fantasmagórico  
del ídolo de acero  
que, rugiendo, se inclina acompasado  
y vuelve a levantarse irrefrenable,  
haciendo relucir bajo el sol las  
inagotables cargas arrancadas  
a las entrañas de los barcos—  
inapreciables cargas recogidas  
por la creadora esclavitud de esta  
humanidad, la eterna despojada,  
y templada desde hace miles de años  
en sus padecimientos...

## EL TREN

En monótono estruendo  
un inmenso miriápodo de hierro  
—de cabeza  
humeante y abrasada—  
traspasa fantasmal las lejanías  
arrastrando su cuerpo segmentado  
en treinta vértebras.

A través de los bosques esqueléticos  
—que levantan millares  
de brazos a las nubes cenicientas,  
perseguidas por el  
húmedo viento  
de octubre en las campiñas giratorias,  
despojadas de mieses,  
con algún ojo de agua  
en el que llora el cielo—  
el infinito canta por las ruedas  
sobre las cuerdas siempre paralelas.

Y la noche crece  
pesada  
y deforme,  
mientras jadea el monstruo empecinado.  
Con él, al lado de él, sobre la tierra,  
se desliza una hilera  
de luminosas lápidas,  
y fantasmas huidizos  
tiemblan en los cristales.  
Adentro, los viajeros  
se duermen o vigilan,  
quebrados sobre sí mismos  
como los condenados o los acróbatas  
—mientras que en mí taladra el insaciable  
comején del deseo.

Vanamente la luna lasciva  
desgarra las nubes,  
al reir a través del pentagrama

saltarán  
de los hilos del telégrafo,  
componiendo la vaga sinfonía  
de un astro yermo  
y obsesionante.

Trepidante, el cortejo del Destino  
corre siempre  
en la canción mecánica.  
Buscando la quimera  
de la felicidad,  
oculta más allá del horizonte,  
la humanidad anhela  
en su cárcel de hierro  
donde relampaguea el pensamiento,  
y donde el corazón va repitiendo  
su triste melopeya  
hacia los fascinantes  
abismos estrellados.

Y cuando en la alborada se escurría  
—como de una herida— la luz roja  
del Oriente encendido por el sol,  
estremecidos  
fueron despertando  
los hambrientos viajeros de la vida.

Porque no canta más el infinito  
sobre cuerdas de acero, entre las ruedas:  
—en el blanco país del silencio,  
o del petrificado  
Nirvana, todos bajan  
del tren con gestos lentos  
y pesados de tanta vanidad...  
En el instante de inmovilizarse  
—ellos también— en el silencio eterno,  
miran con ojos cansados,  
asombrados o espantados,  
las oscuras montañas del Dolor  
que a lo lejos parecen ser un largo  
y apacible  
convoy de dromedarios...

## PAISAJE EN LA ESTACION

Señales verdes,  
rojas  
y doradas,  
anaranjadas:  
rubíes fríos,  
brillos de baile,  
de carnaval,  
aparecen los unos tras los otros  
en la pesada noche...  
Y deslizándose  
la mirada fija  
sobre rieles de hierro  
—paralelos—  
esperan a la luna,  
alto,  
en el cielo.

Mientras yo estoy  
soñando tiempos idos.

.....  
Rápido,  
frigoroso,  
corre el tren  
—un dragón  
de ojos ardientes  
y de escamas doradas.

Al lado, abajo,  
entre juncos,  
corre el río  
sigiloso,  
susurrando  
presuroso,  
de ola en ola  
entre las dos orillas.

Y el río lleva  
sin cesar  
sus ondas  
—su multitud de ondas apretadas—



con su lamento largo hacia el revuelto  
cementerio  
del mar.

El tren se lleva  
a los viajeros,  
siervos de las penas  
y del trabajo  
hacia ilusorios rumbos,  
atravesando el páramo  
yermo del olvido.

Me quedo resignado  
soñando  
tiempos idos.

.....

Señales verdes,  
rojas  
y doradas,  
anaranjadas:  
se multiplican,  
y al desprenderse  
giran  
y se enlazan,  
centelleando en la bóveda del cielo.

Y otra  
multitud  
multicolor  
de grandes astros  
en el campo eterno,  
se arraiga.  
Viejas estrellas  
—pequeñitas,  
deslucidas,  
de a dos, de a tres—  
titilan todavía,  
como los ojos cansados  
y enfermos de las esfinges,  
como los ojos fijos  
de muertos bienamados...



# LA SEPARACION QUE UNE

## I

### EN LA ESTACION

Ya llegan los viajeros desde la ciudad triste,  
tendida entre colinas, resignada  
bajo el peso de los absurdos dramas  
urdidos por el hombre  
acosado  
por el afán frenético de la salvación,  
a través de la grandiosa  
indiferencia del mundo.

Ya llegan los viajeros  
desde la ciudad triste, saturada  
por sus riquezas de Metrópoli:  
el sino de un país la está oprimiendo,  
la corroe la vida trepidante  
que ansía y ruge, que domina y crea  
y llora, ríe y canta, bailando sobre tumbas.

Ya llegan los viajeros  
a la estación, de prisa, y la ciudad  
bajo los astros brilla tristemente.  
La misma despiadada tiranía  
encadena las fuerzas rebeldes—  
pero nadie se queda  
en la vasta y pagana Capital:  
siempre consigo misma, ella está sola,  
amante de un día —y de todos,  
en el flujo y reflujo peregrino. . .

En vano enciende su fascinación  
en las calles, los teatros, los bares, las vitrinas.  
En vano ondea su olvido  
y hace resaltar dones, recompensas;  
en vano oculta la implacable red  
de fábricas que exigen los nuevos sacrificios;  
en vano sube al cielo  
para que no se vean las otras lejanías:

ellos siguen llegando, siempre llegan,  
como en el fin de su Calvario largo;  
se agolpan en la puerta  
maciza, aherrrojada,  
detenidos, cual olas, por un dique.

Bajo la ahumada bóveda aletea,  
como cuervos en vuelo, la impaciencia—  
y luminarias pálidas vigilan en lo alto,  
compadecidas como  
los ojos de una madre...

Cuerpo con cuerpo, ellos se penetran,  
desde que los efluvios de la vida  
van de uno al otro, insensiblemente.  
Sorben el soplo ajeno, agrio como la niebla,  
y sienten que, interminablemente,  
una ley rige al mundo antagónico y febril.

Cuerpo con cuerpo, son desconocidos—  
pero las brasas de las ansias arden  
en el pecho, en los ojos. Y, callados,  
se confiesan los unos a los otros  
la misma cruenta maldición terrena.

Cuerpo con cuerpo, son un solo hombre.  
Unidos por tenazas de impaciencia,  
su voluntad se agita, empecinada;  
piden un horizonte más sereno,  
nuevas luchas, derrotas o victorias...  
La vida en cada uno está aspirando  
hacia visiones nunca desmentidas,  
y cada uno quiere  
esquivar su destino, ciego, absurdo, tiránico...  
!Oh, la vida de uno —y de todos,  
se rebela y empuja  
a la Fatalidad, que se ha forjado  
cual la puerta maciza, aherrrojada,  
pidiendo sin cesar su Libertad..!

## II EL

EL —un joven que encierra su universo  
en el corazón ávido, abrasado,  
en el cerebro herido por preguntas,  
y en músculos que vibran en su empeño.  
El, hijo de la humanidad sangrante,  
lleva su soledad lúcidamente  
a través del embate de la vida.

El, luchador que quiere  
cumplir con su destino  
de átomo en la eternidad,  
anhela  
hacia cimas irreales.  
Pero sabe  
ir abriendo los rumbos de la tierra;  
cada hecho es un himno a la armonía  
que crea y recrea en lo infinito  
sus mundos estrellados.

El, que sabe la herencia  
que transmitieron las generaciones,  
él, que se esfuerza por acrecentarla  
manteniéndose firme  
entre las tentaciones;  
él, abarcando  
en su ser humilde  
la humanidad entera,  
él cree  
en el áspero sentido  
de la existencia y busca tenazmente  
la verdad en el vasto torbellino  
de apariencias  
y cree  
que sólo él es el amo y el guía de su vida  
henchida por las fuerzas  
que en luces se convierten.

El, uno —libre y callado— crea  
bajo los resplandores del abismo,  
cual los héroes alegres de la Acción.

### III

#### ELLA

ELLA —una joven en la que se encarnan  
inapagadas búsquedas,  
tantos anhelos sin desesperanza...  
Virgen en que la vida renovada  
aún sigue palpitando  
como en el corazón de los ancestros,  
y en la que la pasión canta las ansias  
que tan sólo se cumplen con la unión...

Ella, la flor humana y solitaria  
ha crecido en el lujo de su mundo severo—  
un nido de consuelos y de ensueños,  
eternidad de esperas  
perdidas en desiertos de silencio!

Fuente de almas purísimas,  
jardín de las leyendas  
soleadas,  
y de dulces  
secretos alumbrados  
por el mirar tendido  
hacia visiones de felicidad...

¡Oh, sombra fascinante la del anochecer,  
cuando su pensamiento  
se teje y se destrama susurrándole  
melodías de olvido!  
¡Oh, la noche estrellada que agoniza  
cuando ella, sin voz,  
llama al Desconocido  
que lucha enardecido  
en lejanías arremolinadas!

Pero Ella espera en lánguido silencio;  
nadie puede entenderla, vigilada  
en el estéril fasto de su severo mundo.

Y van creciendo en ella  
las llamaradas de la adoración,  
mientras que en su mirada  
llorosa y vaga  
tiemblan  
los espejismos de la Ensoñación...

#### IV RECONOCIMIENTO

Bajo la bóveda  
retumba la impaciencia  
de los seres humildes  
fundidos en un cuerpo fantasmagórico,  
delante de la puerta maciza, aherrujada.

Y las pálidas luces  
siempre están vigilando encima de ellos,  
como compadecidas.

Señales y silbatos, y el fragor de las ruedas...  
¡Es el instante de la redención!  
Pero la puerta engaña su alegría,  
despertando, febril, la nueva espera—  
y parece inflamarse la locura  
en el tormento oscuro de la ira.

De pronto El se estremece, fulminado  
por una dulce aparición surgida  
—purísima—  
entre los cuerpos rudos,  
cual la flor en las grietas de las rocas.

Y El mira fijamente aquel milagro,  
y en él gritan heridos los sentidos,  
palpitando en sus sienes y en su pecho  
la tempestad surgida de su vida.

Todo su ser se lanza  
hacia Ella, anhelando  
su propia salvación, cuando en sus ojos  
asombrados  
refulgen  
las alucinaciones del Amor...

\* \* \*

Ellos se miran, y en el aleteo  
de los párpados muestran  
sus ojos encendidos  
lo más profundo:



su pensar, su alma,  
el pasado, el presente, vislumbrando  
los instantes supremos.

¡Ah, grito silencioso  
de corazones que, predestinados,  
se encuentran en la ciega confusión!  
Ellos vienen, se acercan con certeza,  
sin saber que esperando  
en un lugar  
—aquí—  
en la puerta que oculta el porvenir,  
impulsados por fuerzas  
irrefrenables, ellos  
se reconocerán.

Como dos héroes de la vida anónima,  
todo el destino de la muchedumbre  
que en la puerta de hierro aguanta y gime,  
se encarna en ellos mismos.

¡Se reconocen!  
Y se acercan más.  
Y los hombres los cercan...  
La mano de Ella está en la de El, tan suave,  
tibia —y el cerco vivo los aprieta,  
y ellos dos se penetran con la mirada ardiente;  
sus latidos, su aliento,  
se confunden —y siempre  
se dicen, sin palabras,  
su secreto,  
sus añoranzas—  
siempre...

"Eres la que he buscado  
en vanos espejismos  
en luchas y en andanzas".

¡Se reconocen!  
Y su unión callada  
es un grave salmodio

—y la nostalgia  
se disipa, cual nube, bajo el sol.

"Eres el que esperaba  
en mis años vacíos  
y en las tinieblas hondas".

¡Se reconocen!  
Ella, la hija del Ensueño,  
y El, hijo de la Acción.  
E inmovilizados por el hechizo, escuchan  
los dos el mudo cántico de la adoración.

.....

\* \* \*

Fragor de ruedas, señales,  
silbatos, trepidar, cerca, más cerca  
...Y la puerta de hierro  
se desliza de pronto  
como ante un gesto mágico.

Y un aullido resurge victorioso  
de gargantas quemadas  
por la sed de salvarse.  
Y como el río que deshace un dique  
precipitanse, aplástanse  
todos los torturados por las garras  
de la impaciencia hacia otras lejanías  
y hacia otras victorias  
o hacia otras derrotas.

Retumba largamente  
bajo la bóveda  
el engaño de la liberación.

Y aquel torrente humano  
corre arrastrando a la pareja unida.  
Ellos, los condenados  
a una vida sufrida desde siempre,  
arrastran su tesoro—  
sus elegidos— ellos, los errantes  
y los desconsolados,

que parecen  
llevarlos a la gloria  
—más allá de la muerte—  
y a océanos de olvido,  
en las eternidades del Amor  
sellado por el beso  
con el cual ellos vencen al destino  
y con el cual  
se dicen *la palabra* inquebrantable  
que une al cielo y la tierra en la armonía  
primera  
y de siempre...

V

LA SEPARACION QUE UNE

Fragor de ruedas, señales  
y los trenes  
con sus ojos  
rojos, fijos en negras lejanías...  
Y las sombras humanas  
se buscan y se ocultan  
con sus anhelos vanos.

Y los trenes,  
los dragones de acero, parpadean  
al Norte, al Sur  
y esperan  
con tantas cargas vivas,  
por lanzarse en la noche sideral.

Ella se apoya en una ventanilla  
—el marco de su imagen—  
lagrimea y sonríe  
irradiando su rostro  
una felicidad  
dolorida.  
Y abajo, El, con la misma  
felicidad sonríe...

Rebosa en su silencio la luz del corazón:  
"Desde siempre eres mía,  
para siempre..."

¡Un grito!  
Y los traspasa el grito de la máquina.  
Ellos sonríen, pero el grito hace  
que su drama resalte  
profundamente oculto en la sonrisa,  
detrás de las visiones de la felicidad.  
"Desde siempre eres mío,  
para siempre..."

Arranca el tren, se aleja  
rumbo al Sur.  
Un aleteo blanco.  
Bajo un cielo pagano y serenado,  
llevan los celadores  
hacia las ricas playas  
a aquella virgen de la ensoñación.

¡Un grito!  
Y resuena largamente  
el grito de la máquina  
que a El también lo lleva  
rumbo al Norte,  
hacia el país de las montañas altas:  
él parte hacia parajes solitarios  
a preparar su triunfo  
mediante sacrificios que yerguen nuevos templos  
en este mundo hambriento, triste y cruel.

Y los trenes,  
con bárbaro fragor,  
corren en las tinieblas giratorias  
hacia el Norte,  
hacia el Sur...  
Pero Ella y El  
se sienten siempre cerca uno del otro,  
mientras bajo sus párpados  
arden las mismas lágrimas.

Y los trenes  
surcan  
las campiñas vastas  
al ritmo de los ímpetus oscuros.  
En El y en Ella late la certeza  
de que en otro país, ya sin fronteras,  
volverán a encontrarse  
sus caminos contrarios.

Y los trenes  
corren  
veloces en la noche de la vida,

y llevan a los otros,  
los agobiados  
y los sin consuelo  
que tal vez también sueñan  
con derrotar a la fatalidad,  
cuando pronto despierten  
en la gloria del alba...

## MUNDO VIEJO

---

?

Signo que surgió en El aguna vez,  
perdido en las tinieblas,  
y que elevó su frente, traspasado  
por el primer impulso fabuloso.

Garra que siempre acecha al hombre desde  
todos los horizontes.  
Cetro de los prolíficos misterios,  
y hoz de pensamientos.

Cortina de humo destramado en fábricas,  
hogares y volcanes;  
arco de piedra sobre los abismos,  
y yugo en las mazmorras del tirano.

Jalón cojo a través del infinito  
encerrado en sombrías bibliotecas.  
Gancho que se nos clava en la conciencia  
o aleteando como los murciélagos.

Serpiente que se enrosca en el amor,  
y látigo de fuego para los eremitas;  
centellea en los ojos de la esfinge,  
los ojos de los muertos y los astros...

Aliento hacia las cúspides divinas,  
y lazo que arrastra hacia el infierno:  
eterna interrogante de la vida  
perfilada en la Nada triunfante.

## PICADILLY

Vanidad del pensar  
en la terraza de la vanidad.

Inmenso patio cuadrado  
entre fachadas simétricas,  
cubierto por un cielo despejado  
—campana de cristal  
sobre un invernadero,  
en el corazón de  
la Capital.

Allá, en la pereza del domingo,  
los siervos elegantes de los Bancos,  
misioneros del Tráfico,  
hienas enmascaradas  
de la Lujuria,  
maniqués-jóvenes,  
efebos-deportistas,  
fósiles  
como galvanizados por recuerdos,  
se han reunido en las mesas  
de la abundancia.

Allá, los luchadores  
remedan gestos de convalescientes,  
mientras los eruditos  
de mirada cansada, aún parecen  
leer en los semblantes y en las copas.

Las edades se mezclan  
en el calidoscopio horizontal  
de la terraza que ya está girando  
alrededor del palco de la orquesta,  
eje de la  
mediocridad pulida,  
los destinos anónimos  
y los dramas sin fin.

Terraza  
inundada



por olas luminosas y candentes,  
y atravesada a veces por corrientes  
artificiales,  
donde la montaña  
y el mar y la campiña,  
se vislumbran fugaces  
—visiones bajo frentes sudorosas.

Los corazones laten impulsados  
por resortes de acero,  
y los cuerpos hinchados del Provecho  
—heridos, taladrados por los vicios—  
sucédense en las mesas sin cesar.

Oleaje de cabezas en plana perspectiva,  
sobre el que se deslizan brazos sacerdotales  
llevando las bandejas del rito elemental:  
polícromos fulgores  
de copas de cristal,  
y aromas desprendidos de los platos  
del hartazgo, que sigue  
sorbíendo y masticando  
en el zumbido múltiple  
de voces alteradas,  
y en la estridencia de una comestible  
música tarifada...

.....  
Vanidad del pensar  
en la terraza de la vanidad,  
Florida de mujeres  
como una pradera salpicada  
de colores.

Mujeres  
enigmáticas, felinas,  
entre las sedas de la Sensación,  
entre las tentaciones  
translúcidas,  
desnudas,  
detrás de su hermetismo acicalado.

Mujeres por las cuales se cruzan las miradas  
cual redes en el lago vibrante de la vida...

mujeres modeladas

por los dedos febriles del deseo,  
talladas por ideales engañosos,  
mimadas por ingenuos soñadores,  
y heridas por las garras  
de la pasión...

Mujeres

reinando en cada mesa, con su séquito  
de tiranos sarcásticos  
y de siervos atentos.

Mujeres por las cuales

palpita la terraza  
en el aburrimiento corrosivo  
y devorador —como

la canícula estéril del desierto.

Mujeres...

Y los hombres

con los brazos cruzados  
pero listos

para extenderlos ante la primera  
sonrisa mentirosa del amor,

o para levantarlos

ante la falsa mueca del rencor,

prosiguiendo la lucha

más allá de esta ínsula-terrazza,

en el corazón de

la Capital;

lejos de estas geométricas fachadas,

en alcobas pletóricas

de triunfos y derrotas,

en las calles tortuosas

por los que van las olas

humanas,

y en la jungla ensangrentada

del entrevero multitudinario,  
tras la obsesión frenética  
del sexo y de la gula.

Oh, cruenta vanidad del pensamiento  
en este ritmo lánguido del verso  
que tropieza con cantos sincopados  
en la terraza de la vanidad...

## LA MUERTE DE DON JUAN

Un hilo negro cruza como un rayo  
a través de un abismo su pasado  
en la hora postrera del sentir,  
y se enhebran las unas tras las otras  
—extrañas— en el hilo  
cada vez más pesado,  
las cuentas del Amor.

Son las cabezas blondas  
de las hadas soñadas  
en tiempos de inocencia;  
las vírgenes que siempre  
lloraron su deseo silencioso,  
mientras otras, paganas,  
hacían rechinar su odio estéril.

Y muecas de lujuria  
surgen junto a los rostros de sonrisas serenas—  
avecinándose el dolor que quiebra  
y la ignorancia pálida,  
al ensueño y al ansia que se encubre con sangre,  
a la risa ingenua y al calmo pensar.

Cabezas vislumbradas  
en el balcón  
en sombras.  
Miradas enlutadas  
que se escurren después tras las cortinas.  
Frentes empecinadas  
—y las máscaras viejas del salón,  
al lado de la mártir  
muerta en el lupanar.

Semblantes de mujer,  
unos tras otros,  
alargan el secreto  
renovado en el hilo del recuerdo  
por el ardor de amar,  
consumido en las cumbres solitarias  
por el pesar que fuera vanidad.



## LA CALLE

### I

Brota calmo el crepúsculo  
de los nichos, los arcos, las cornisas,  
inundando el inmenso  
cauce del río  
de altos muros rectos,  
con millares de máscaras de piedra  
que, desde hace siglos,  
se miran cara a cara  
inmóviles y duras,  
orgullosas,  
con trágicos secretos —abyectos o siniestros—  
que acechan en mil grutas  
superpuestas, profundas, paralelas...

Abajo, en el fondo  
grisáceo y cristalino,  
como cantos rodados,  
está la muchedumbre  
guiada y azuzada por las parcas;  
siluetas deformadas, ondeando cual fantasmas  
y velos funerarios,  
procesiones anónimas  
que van hacia misterios insondables,  
hacia la salvación siempre callada  
y siempre más lejana—  
hacia los mares del silencio eterno.

Y en esa cenicienta multitud  
cada uno es una onda,  
cada uno es un susurro,  
y todos juntos tienen la tristeza  
de un río  
extraviado en plena noche.  
Arriba serpentea  
el cielo deslucido

como una herida lívida  
abierta en lo Infinito,  
orlada por frontones,  
mansardas y cornisas.

Y el río de  
la humanidad en sombras,  
sigue corriendo en olas renovadas,  
pareciendo la calle  
un camino excavado  
por sandalias errantes  
a través de desiertos de granito—  
abismo del dolor,  
hondo, más hondo...

Parece que la vida no es distinta  
al río sojuzgado,  
y parece que el hombre, como él mismo,  
avanza sin descanso,  
sin que pueda  
mirar los deslumbrantes espectáculos  
de las riberas,  
ni aplacar  
su hambre en algún puerto,  
ni aliviar con el azul del cielo  
la sed del corazón martirizado...  
Apenas el suspiro  
perdido entre los ecos del olvido,  
lo acompaña hermanado al milenario  
pecado de soñar y de pensar...

## II

El gesto miriadario  
de un semidios proteico  
va destramando el velo de la noche.  
Las olas blancas corren  
sobre el oscuro oleaje,  
y en las máscaras pétreas  
se encienden ojos rojos  
mirando cara a cara, fijamente,

sus almas ignoradas.  
Y las grutas repletas  
de un aire dorado,  
de una polvareda  
de plata, centelleante,  
abren su ser arcana  
—superpuestas, profundas, paralelas—  
y muestran los tesoros  
de las generaciones  
a siervos y amos, todos sometidos  
a las mismas codicias...

Y la fascinación va desbordando  
con sus incandescentes  
collares,  
con sus nuevas  
pupilas ciegas o metálicas;  
y vibran espejismos en las cúpulas  
en las cornisas y los frontispicios;  
y penden en lo alto de los postes  
los soles  
rodeados  
de satélites,  
y multitud de estrellas  
tiemblan multicolores y perdidas  
en este laberinto  
que antes parecía subterráneo,  
y que ahora parece  
aéreo bajo  
la magia de la luz...

En su cauce profundo y milenario  
se aclara el río de la humanidad.  
Se extiende y crece,  
y las ondas-hombres  
se libran de los velos desgarrados  
de la noche—  
y los unos tras los otros,  
se desploman los diques del destino...



En el océano de luz, cada uno,  
vencedor de la vida,  
ya es un soberano que deambula  
por cavernas doradas  
—palacios que retumban con canciones,  
y por las galerías  
de la kermesse desencadenada,  
adornadas con guirnaldas,  
con lampiones y banderas  
flameando en las vitrinas del deseo,  
y en las tabernas repletas  
de la lujuria triunfante. . .



## FINAL DE INVIERNO

En las calles tortuosas como el mismo  
dolor de tantas almas sojuzgadas,  
se derramaba desde el viejo sol  
el ansia de las vidas renovadas.  
Y surcos enfangados en la nieve  
de la miseria de los arrabales,  
como una gangrena se extendían  
desdibujando rostros infernales.

De los aleros bajos resbalaban  
las gotas de la nieve derretida;  
caían reluciendo como gemas  
sobre la tierra siempre empobrecida.  
Y siempre, cual las cuentas del rosario,  
se enhebraban— y luego parecía  
que una mantilla etérea y azulada  
se entretejía y se deshacía.

En el gotear soleado  
lloraban la injusticia y la ignorancia,  
la sed y el hambre de las muchedumbres  
que los dioses habían olvidado.  
Y la esperanza perduraba aún  
en ese despiadado destamar,  
consolando a los hombres  
y susurrando apenas un cantar...

## HABLA EL TIRANO DERROTADO

"Glorificad con cánticos al pueblo  
que ha invadido mi palacio de oro,  
y me ha forzado a irme con el séquito  
que me coronó siempre con laureles.

"Glorificad al vencedor sin nombre  
del país de la antigua esclavitud,  
que despertó para crear un mundo  
en el lugar del mundo nuestro en ruinas.

"No os lamentéis vosotros del desastre,  
los nobles, que ignoráis el sufrimiento.  
Glorificad conmigo al nuevo astro  
que alumbrará con otra luz al hombre.

"He sofocado en mí la pesadumbre  
por los viejos altares derrumbados.  
Los siervos levantaron, fuerte y digna,  
la Verdad que gemía en el silencio.

"No lloraré en las ruinas de grandezas  
porque el pasado ya no resucita.  
No me rebelo en contra del destino  
que dispersa entre todos mi riqueza.

"Llevo mi orgullo herido, serenado.  
No nací para uncir la multitud.  
La vida en cada uno se enaltece  
por las obras que alejan las tinieblas.

"Yo glorifico al pueblo liberado.  
¡Se inflama el alma por amor al hombre!  
... Y por primera vez, estremecido,  
voy hermanado al vencedor sin nombre...

## MARTE

Pies de acero. Con cada paso suyo  
va aplastando hormigueros  
humanos.

Atrás quedan  
cementeros revueltos.  
Adelante, ciudades incendiadas  
y campos devastados.

El no tiene cabeza —la boca entre los hombros,  
babas rojas surgiendo entre las muelas

que quiebran testas  
cual si fueran huevos,  
y muslos firmes, y pechos  
hinchados de leche.

Y vientres  
con fetos que esperaban  
su término.  
Y muchachas  
temblando cual palomas,  
y jóvenes partidos como el pan  
o exprimidos  
como las uvas bajo  
sus plantas de granito...

Engulle todo: huesos y cristales,  
campanas, microscopios, cuadros, libros,  
estatuas y motores.

Destruye todo: aplasta  
con el puño una aldea,  
echa abajo las torres y arruina catedrales;  
hunde los transoceánicos, hurgando  
con sus garras filudas en tesoros  
reunidos durante siglos  
o extendidos en los campos,  
en los prados, los bosques y jardines.  
Cruza sobre las fronteras

—huracán que pulveriza  
vidas, arremolinándolas  
en trombas hasta el cielo,  
o hundiéndolas en ciénagas y abismos.

Con el talón taladra una montaña,  
y torna a las ciudades en un montón de escombros  
y de astillas.

Lo que él toca, estalla y arde,  
se funde, se marchita y se deshace.  
Todo es polvo, ceniza, veneno y podredumbre—  
es la muerte sin rostro  
y sin sentido.

Porque él no tiene cabeza— es apenas una boca  
un cuerpo gigantesco siempre hinchado,  
entumecido siempre,  
e hirviendo como un cáncer  
—un plesiosaurio ciego, irrefrenable,  
crecido entre los pueblos,  
que devora y devora  
desde hace miles de años...

Su aliento ahoga y fulmina;  
su pecho enorme truena  
echando llamas  
y relámpagos,  
brotando de sus poros los hedores  
que corroen, sofocan y disuelven:  
de los ojos hermosos  
se escurre el pus,  
mezclándose en el fango  
un cerebro genial...

En su torno hay nubes negras  
de langostas y quimeras  
zumbando como las hélices,  
y monstruos trepidantes, epilépticos,

arañas, escorpiones y fieras embriagadas  
y pulpos y dragones,  
los engendros que crecen miriádicos  
entre los torbellinos del horror.

La horda escalofriante  
del Odio y de la Muerte  
lo acompaña —un séquito feroz,  
cadena de matanzas y desastres  
a lo largo y lo ancho  
de un mundo perdido  
en su noche de azufre,  
en tórridos desiertos calcinados  
y en días plumizos en que los gusanos  
pululan y envenenan  
la tierra, el agua, el aire...

Volcánico, recorre los países,  
saltando de uno al otro continente  
y se atasca insaciable;  
ruje, aúlla,  
baila en un pie—  
se mece,  
y vuelve a devorar...  
Escupe huesos, hiel, sangre  
y vomita  
sobre  
enloquecidas muchedumbres,  
hasta tragarlas otra vez, gruñendo  
y abarcando el planeta  
con sus brazos de hierro  
golpeando en delirante  
embriaguez,  
con el sexo ulcerado —catapulta  
que derrama sus gérmenes estériles  
en las entrañas sangrientas de la Tierra...

# MUNDO NUEVO

---

## EL PROFETA

Un hombre que medita  
solitario en la gruta  
profetiza:

"En olas rojas  
y lívidas,  
con aullidos  
de lince hambrientos,  
en bárbaras canciones  
centenarias  
y en rugidos  
que ruedan  
por montañas rocosas—  
por diez sendas,  
diez valles,  
el torrente  
vasto de la locura,  
la guerra,  
el saqueo  
y la lujuria,  
se ha desencadenado  
y ha anegado  
la ciudad vieja  
con el templo santo  
de aquellos elegidos  
por el Único  
para reinar  
con el espíritu  
en la tierra:  
para clamar  
en coro  
su amor  
con voz potente;  
para hacer resonar

su justicia  
con trompetas  
de bronce,  
y para proclamar  
su eternidad,  
su reino,  
su poder;  
para anunciarnos  
el día de la gloria,  
que ha de llegar  
a iluminar  
la mente  
y el alma  
de *los otros*:  
de tantos  
engañados  
por los malos pastores;  
de tantos  
corrompidos  
en la riqueza,  
o de los que se arrastran  
con sus cargas,  
adorando  
los dioses de madera,  
de piedra  
y de oro...

.....

Ay, ellos hoy  
los necios  
y los dementes  
beben  
en viejas calaveras,  
con largas  
carcajadas,  
la sangre  
exprimida  
del corazón  
de aquellos elegidos



por el Unico  
para reinar  
con el espíritu  
en la tierra.

Pero, ay— una vez  
y no muy tarde,  
de algún lugar  
algún  
enviado nuevo,  
profeta y héroe,  
con relámpagos  
en sus manos,  
sus ojos  
y su boca,  
ha de llegar  
con el albor del día...

Será un nuevo  
diluvio  
de fuego:  
los ciegos  
y enbriagados  
y los envenenados,  
los codiciosos  
y ávidos,  
todos los extraviados,  
revolverán  
y morderán  
aullando  
y llorando  
la tierra  
llena  
de cizaña  
y ruinas...

Ay, cruelmente  
los golpeará el profeta  
cuando llegue,  
y los castigará  
los castigará,  
los castigará...

Entonces  
los otros,  
los elegidos  
y sacrificados,  
van a resucitar  
por El que es Uno  
sobre todos,  
pisando  
—renovados,  
recompensados— sobre  
carroñas  
de verdugos fulminados".

.....

Y el hombre, delirando  
solitario en la gruta,  
sigue profetizando...

## ANTE UNA TUMBA

Aquí estoy otra vez, padre, a tu lado.

Ante tu negra lápida, qué bueno es descansar.

Al regresar del mundo en que he vagado,  
tus consejos fielmente he de escuchar.

Caminé mucho y mucho me he esforzado  
por países y cumbres y valles sin igual.  
Apoyo, compañero y escudo, me ha alentado  
tu nudoso cayado de nogal.

Cuando te detuviste, me lo has dado,  
como mi abuelo te lo dio una vez;  
después, para mi hijo habrá quedado,  
porque es signo de unión, señal de fe.

Aquí estoy nuevamente, más cercano  
a los dominios del silencio eterno.  
A veces se estremece tu cayado en mi mano:  
por él sube tu espíritu tan tierno.

Reanimado, mi cuerpo se endereza.  
Mis ojos miran lejos: no ha cambiado el destino.  
Sólo hay otro horizonte, y todo empieza  
con cada hombre en el áspero camino  
que de padres a hijos recorremos...

## LA PAZ

Una flor ignorada,  
arraigada en la roca más estéril y dura,  
se levanta del odio en torbellino  
sobre el mar tenebroso de la vida.

Y crece solitaria, abre los pétalos  
de su luz en serenas alboradas  
—más blanca que una aparición divina—  
hasta encerrarse en sueños en el anochecer.

Espera suplicante  
que la abracen las olas de la vida;  
que la arranquen del páramo  
de la desolación,  
encendiendo la noche con su luz.

Pero las olas huyen de la flor de la Paz  
que llama sin cesar desde la roca:  
No espumarán de odio...

Tienen miedo  
del encanto del sol y del amor.

## INSCRIPCIONES

### I

Metálicas cascadas en la noche—  
una canción en su rodar potente;  
y en centelleantes lejanías, montañas  
que bajan en un sueño acurrucado...  
En el ritmo frenético del tren,  
que deambula de día y de noche,  
puedo escuchar la nueva melopeya  
del tiempo cruel y avaro.  
Y los viajeros yacen a mi torno  
esculpidos en sombras y en secretos,  
como presas raptadas en su huida  
por dioses victoriosos e insaciables.  
El tren desciende  
hacia la llanura  
con su cresta humeante...  
Las aldeas se pierden humilladas  
con sus ensangrentados corazones.  
Vanamente levantan las ciudades  
sus represas eléctricas y anchas.  
Las ruedas, otra vez, con fragor bárbaro,  
por las rutas de acero se abalanzan  
desafiando la paz de las estrellas;  
y moliendo los gránulos del hambre,  
están más cerca de la Capital.

.....

Pero tu sien descansa en mi hombro,  
ligera, suavemente.  
De los siervos del tren soy un hermano—  
y se elevan y vuelan mis pensares...  
Yo vigilo el ensueño que en ti late,  
y sé que otra victoria  
se enraiza y crece  
en mí...

## II

Frente a frente  
—nuestro pensar se hermana.  
La mano con la mano  
—y corre nuestra sangre  
    como en un solo cauce.  
Los ojos en los ojos  
—y no obstante miramos  
    cada uno en sí mismo.  
Alegría y dolor  
emparentados  
como el día y la noche del cielo palpitante,  
    sin límites y estrecho,  
    sereno y tormentoso,  
saciado y ávido:  
plasma de éter y fango  
como el corazón nuestro...

## III

En la mano que inscribe palabras nunca dichas,  
en mi arrugada frente,  
brisa suave.  
Las hojas de las lilas, prisioneras,  
aletean queriendo  
llegar al sol paterno.  
Entre la copa azul del duraznero  
el sol nos mira —y nos ampara en nuestra  
nostálgica plegaria, en la quietud  
y el silencio vibrante  
de los cánticos,  
en la fecunda paz, como en los campos  
—y en nuestra propia efímera existencia,  
orlada por la aureola de lo eterno...

## IV

¿La rosa más roja?  
Pides  
la más hermosa  
flor del jardín.

—Perdona, mas no puedo  
dártela...  
—¡Un obsequio tan simple,  
modesto y natural!  
—Pero mi gesto es nada más que muerte:  
¿Por qué matar?  
¿No hay acaso una vida  
también en esta flor?  
¿No languidece un alma  
serena o quizás triste y abrasada  
en la envoltura de los pétalos?  
—Pero ella se deshoja  
volando con el viento.  
—Alguna vez...  
¡Y sin embargo, ahora, yo la mato!  
Perdóname y permíteme  
ofrecerte sencilla, humildemente,  
otra flor:  
no es escasa,  
ni tan siquiera hermosa,  
pero es roja,  
sumisa, sin espinas,  
sin engaños:  
la rosa de mi alma...

## V

Con pasos lentos, iguales,  
en el secular bosque del Silencio,  
vamos juntos los dos, las almas puras—  
entre la sombra fresca del Olvido,  
hermanados en sueños y en espíritu  
bajo las verdes bóvedas  
de la Eternidad.  
A veces, un alto cerca de la fuente  
que susurra en la gloria del Amor...

## VI

Pensares sobre rocas fulminadas  
planean cual las águilas  
bajo las nubes.

En el horizonte,  
fortalezas del mundo  
con crestas corroídas por los siglos.  
A través de los seres,  
ímpetus  
irguiéndose en los bosques de la Vida...

Simas de luz y sombra  
se abren y respiran en nosotros  
y en torno nuestro, sucediéndose  
como el día y la noche, desde siempre:  
nos unen en la paz y en el sosiego  
que vence la presencia de la Muerte...

## VII

Una vez hemos caminado juntos,  
y no nos conocimos.  
Por senderos contrarios  
nos separó en silencio  
el anhelo hacia metas diferentes,  
y en la vida vagamos olvidando  
que el Destino esquivado  
no perdona...

Y cuando ahora, repentinamente,  
nos miramos los dos con amargura  
y nos reconocemos, como ciegos  
que nuevamente ven,  
el pesar —nueva herida—  
cruelmente nos desgarrar:  
—¿Es demasiado tarde?  
—Todo en vano...

Y no obstante nuestra alma se redime,  
pues sabemos qué quiere  
el Amo silencioso,  
y qué unidos iremos  
—milagro insospechado—  
por las rutas contrarias  
que aún nos quedan para recorrer...



## AMOR

Nunca alabé el amor,  
y no he cantado  
a medianoche suaves o tristes serenatas;  
no he glorificado  
en un alejandrino  
el tesoro, el hechizo de los ojos azules,  
ni la luna, ni el sol, ni las estrellas,  
ni el céfiro, la flor, las golondrinas...  
Con nada he comparado los encantos  
de su ser,  
ni he lanzado  
un solo grito ditirámico  
cuando por vez primera  
tímidamente vino a sonreirme—  
y no he suspirado con hondo desaliento  
cuando ayer no la he visto en su ventana...

Cuando nos hemos visto  
—también nosotros— por primera vez,  
nos hemos conmovido los dos en el ocaso;  
en los ojos brillaban  
todas nuestras preguntas,  
y con los mismos gestos  
nos hemos contestado:  
nuestro abrazo abarcaba el mundo entero,  
y nuestro himno supremo era el silencio.

Y cuando la neblina del olvido  
—páramo de deseos engañados—  
crecía día a día rodeando el horizonte,  
guardé en mí  
al dolor  
cual gema viva  
y refrené las lágrimas estériles,  
siendo el himno supremo el del silencio.

Sin embargo, yo canto  
siempre al amor:  
en la perseverancia del aliento,

en el latir del prieto corazón,  
y en el espectáculo  
de la magia terrestre:  
en la hoja de hierba que brota de la nieve,  
en ondas que reflejan las nubes del verano,  
en los bosques que lloran  
en el otoño, deshojándose,  
y en las cimas nevadas que brillan a la lejos...

Yo lo canto entornando  
la mirada en mí mismo,  
cuando busco el misterio  
del más allá;  
cuando en la noche espero  
el alba, el sol,  
o cuando estoy hojeando  
amarillentos libros.

Lo canto al empeñarme en la creación,  
cuando en mí siento la resurrección;  
cuando busco la flor inmarcitable,  
y cuando escucho cómo  
susurra en mí el silencio.

Nunca alabé el amor,  
y sin embargo siempre estoy cantándole...

## RENOVACION

Me abraza, como en cercos de reptiles,  
el entorpecimiento tropical;  
me oprime, aplastándome, y enciende  
bajo mi frente  
una llamarada  
como en un templo, en el que los ídolos  
ahuyentaron la fe.

Corre la sangre hirviendo por las venas,  
choca bajo las sienas  
y palpita en el pecho.  
Pero la languidez, muro de plomo,  
me tiene prisionero...

Siento que crece en mí la rebelión,  
firme, impetuosamente  
contra el No Ser, la Nada fascinante,  
disipando las ansias de la vida  
y fundiendo los seres y las cosas  
bajo el arco estrellado  
de la eternidad pura,  
de la desolación o del olvido.

Siento que en mi cabeza se renuevan  
como en una retorta,  
pensamientos creadores;  
que el corazón —el mágico alambique—  
ya destila mi esencia gota a gota.  
Y otra vez me levanto,  
con los brazos abiertos hacia el sol,  
por cumplir en la Tierra mi destino...

## ABETOS Y ROCAS

### I

Subimos por las sendas desfondadas  
hacia el frío corazón del bosque.  
El olvido nos lleva lentamente  
por los vastos secretos del silencio.

Cuando creemos vislumbrar la cima  
postrera de la vaga claridad,  
el sendero se tuerce y se levanta  
hacia otros olvidos y silencios.

Y con sus pechos múltiples  
el bosque crece a nuestro alrededor,  
ceñido por barrancos y quebradas,  
firme con sus abetos majestuosos.

Entre las enredadas columnatas  
atravesadas por el tibio sol,  
subimos en la hipnosis de lo eterno  
que suele susurrar entre el ramaje.

¿De dónde hemos venido, solitarios,  
extraviados en viejas soledades?  
¿Adónde vamos, como dos destinos  
iguales y hermanados?

Quedamos asombrados un instante—  
ni un eco nos responde:  
la ciudad es el sueño de un tirano  
abandonado con su ley de hierro.

Y de nuevo partimos, renovados;  
en nosotros un mundo está latiendo  
como en los tiempos del principio: puro,  
sereno como el cielo entre el follaje.

Sigue creciendo el bosque,  
pero siempre es el mismo.  
Y nosotros, creyentes redimidos,  
subimos, con los pasos de lo eterno,  
hacia otros olvidos y silencios...

## II

El abeto más alto, helo allí.  
Apenas si lo abarcan nuestros brazos reunidos.  
Una columna negra  
surcada por los años  
nos parece de piedra—  
aún sigue creciendo hacia las nubes,  
saeta estriada  
hacia el vértice,  
con su tierno penacho  
meciéndose triunfal.

Nos detenemos junto a este abeto:  
su raíz se bifurca,  
y el lecho blando de las hojas yertas  
nos llama en su quietud,  
como el nido que atrae  
a los pájaros ebrios  
de horizontes soleados.

Los dos estamos acostados bajo  
la bóveda translúcida.  
El bosque horada el cielo con mil lanzas;  
el infinito cierne  
sobre nosotros  
copos  
azules y plateados,  
y las eternidades susurran con la brisa.

Nuestras miradas giran, persiguiendo en las ramas  
a fantasmas que ondean  
y que desaparecen  
hacia mundos astrales  
a través de celestes ventanillas.

Las miradas se prenden a visiones huidizas  
que de cuatro horizontes  
suben en remolinos  
encima de nosotros:

los cisnes en bandadas  
que desgarran la voluptuosidad;  
los ciervos en hileras  
que se van destramando en arabescos,  
y rebaños de seres  
apocalípticos,  
aplastados, fundidos en la brasa del sol...

¡Oh, las nubes proteicas,  
en la gloria de días y de noches  
flotando encima de nosotros mismos  
como una incesante bendición!

Acostados los dos  
entre las viejas raíces del abeto,  
nuestros corazones laten  
cual pájaros que piden en sus jaulas  
alas para elevarse  
en su ímpetu  
hacia la purísima  
felicidad del sueño y de la luz.

Y nuestros corazones  
palpitan como el propio corazón de la tierra.  
En nuestro lecho suave nos hundimos  
cual semillas que arraigan;  
y así sentimos que fructificamos  
con la tierra entera,  
por el ardiente beso del amor.

Y sentimos que nuestra esclavitud  
es una dicha llena de nostalgias;  
y que morimos y resucitamos  
con cada instante,  
como aquellas nubes  
que cuajan y perecen sin cesar  
en los serenos reinos vislumbados  
a través del follaje.

Allí quedamos, en la tumba que es  
a la vez una cuna,  
mientras giramos con la tierra entera  
en torno al árbol más alto:  
eje viejo como el tiempo  
—y joven como el instante—  
al que los corazones solitarios  
se aferran como náufragos a un mástil  
inquebrantable  
y flotan  
—victoria entre derrotas—  
en el estrellado océano  
de la vida y de la muerte...

### III

Sin saber hacia dónde  
partimos hechizados por el bosque,  
los centelleos del sol  
y por los aleteos del ensueño,  
entre interminables columnatas.

Y ahora, por el duro sendero retorcido  
—ya trepando, saltando,  
hemos reconocido en cada paso  
la orden de una lucha despiadada.

Subimos la montaña  
rebelde:  
en los cuerpos hermanados,  
sólo una voluntad.  
A la derecha, abismos;  
doblamos, y a la izquierda, murallas y peñascos.  
Ciudadelas de árboles  
siguen creciendo altivas, silenciosas,  
como fatalidades  
frías...

Pero nosotros  
ascendemos —ceñidos,  
fortalecidos—

en el rostro, el alma.  
Escudo es nuestro amor, y el pensamiento  
nos templea:

en cada paso  
vencemos a la roca de la Muerte.  
Con las manos crispadas,  
como el roble que prende sus raíces  
en el pecho combado  
del mundo,

nos asimos  
y subimos,  
latiendo el corazón  
en su plegaria y en su sacrificio.

¡Más alto!  
Y nos queman  
las olas de la sed.

¡Más alto!  
Y las garras del hambre  
nos hieren con fiereza.

¡Más alto!  
Y como en sueños  
nos enrosca el pavor.  
Siempre avanzamos  
—los dientes apretados  
y los puños cerrados—  
con el alma tendiendo  
hacia la redención, cual los abetos  
lanzados en su empuje hacia la luz...

Pero alrededor nuestro están las sombras;  
nos penetran las sombras:  
bajo los pies, las piedras  
se desprenden astutas  
rodando en las tinieblas del abismo.  
Las ramas ciegas nos están mordiendo  
y en el sudor ardiente  
la angustia nos ahoga y nos corroe.

¡Ja, ja!  
¡Ja, ja!— y la risa  
resuena miriadaria



en el bosque callado  
como el terror que asoma  
desde los precipicios:  
    subimos otra vez,  
    y alejamos la noche  
    con nuestra luz, con rayos  
    surgidos de nosotros,  
    cual surge un manantial  
    entre las rocas...

—¿Hacia dónde?

¿Hasta cuándo?

—Sabemos que marchamos  
hacia

    alguna parte,  
y que la ruta nuestra  
ha de encontrar su fin alguna vez...

Y subimos, subimos.

El bosque se ralea lentamente.

    Se extiende sobre las rocas  
    el musgo blando, sumiso  
    bajo las pisadas firmes.

Una aureola se arquea  
suave en el mediodía,  
y he allí la victoria, recibiéndonos  
con sus dones.

Milagro de la luz:  
a nuestro alrededor, las lejanías  
piérdense en resplandores...  
Saludamos con gritos fraternales  
a las montañas contempladas  
desde  
sus plantas a las cumbres.

Y allí,  
de cara al mundo,  
    con sus aguas,  
    sus aldeas,  
    sus mieses,  
con la línea de acero del Pensar,

con los hornos ardientes del Trabajo,  
allí  
en el círculo  
de la creación humana,  
cercado por el cielo  
de la otra creación, bajo el diluvio  
glorioso de la luz  
en que cuajan los sueños,  
allí  
extendió los brazos  
hacia cuatro horizontes  
    en bendición suprema  
    —como dos alas—  
    nuestra soledad.

De peldaño en peldaño, el cielo nos atrajo  
con su pureza hacia la eternidad:

    Los dos hemos llevado  
la vida arriba, sobre la montaña  
de rocas y de abismos.  
Y ahora nos sentimos  
fijados en la cima  
de nuestro triunfo:  
    dos estatuas vivas  
por las cuales la arcilla ve y respira.  
Recibimos del cielo  
    plateado  
    y dorado  
    la corona

de la gran recompensa:  
dos águilas aparecen  
con su vuelo circular,  
cual señal de otras victorias  
en otros  
    mundos ocultos en algún lugar  
que ya conoceremos  
cuando nuestro camino  
llegue a encontrar su fin  
    alguna vez...

# INDICE

	<b>Pág.</b>
Prólogo .....	5
<b>Obras y Fábricas:</b>	
El canto de la Máquina .....	7
El canto del Albañil .....	10
El canto del Jornalero .....	13
<b>Leyendas modernas:</b>	
I—El ídolo de hierro .....	15
II—"Hechos diversos" .....	17
III—El constructor .....	18
IV—Epílogo .....	19
<b>Un día en el puerto:</b>	
Los albores .....	21
Duerme un Hombre .....	23
El cielo del Trabajo .....	25
Noche en el puerto .....	26
Noche sobre el mar .....	28
<b>Mitos:</b>	
La pirámide .....	29
Los mineros:	
I—Paisaje mineral .....	32
II—El nuevo templo .....	33
La grúa .....	36
El tren .....	38
Paisaje en la estación .....	40
<b>La separación que une:</b>	
I—En la estación .....	43
II—EL .....	45
III—ELLA .....	46
IV—Reconocimiento .....	48
V—La separación que une .....	52
<b>Mundo viejo...</b>	
?... ..	55
Piccadilly .....	56
La muerte de Don Juan .....	60
La calle .....	62
Final de invierno .....	66
Habla el tirano derrotado .....	67
Marte .....	68
<b>Mundo nuevo:</b>	
El Profeta .....	71
Ante una tumba .....	75
La Paz .....	76
Inscripciones .....	77
Amor .....	81
Renovación .....	83
Abetos y Rocas .....	84



Aunque lo grueso de las obras de Eugen Reigis está escrito en prosa, inició su carrera como poeta y lo sigue siendo... Ciertos ensayos y especialmente sus libros de viaje contienen una prosa tan rica, variada y lírica, que se advierte en seguida que son los productos de un temperamento esencialmente poético. Y la vena puramente poética, interrumpida por los acontecimientos trágicos en Europa antes y después de la Segunda Guerra Mundial, ha vuelto a aparecer en América. — WILLIAM ROSE, New York.

Realmente se trata de un trabajo ("Locura y Siete antifábulas") llamado a sorprender y a conmover a quien —honestamente— siga de cerca el curso de las letras americanas y mundiales. — J. D. "El Plata", Montevideo.

Obras de mocedad arraigadas en un fondo panteísta de inquietudes por la emancipación social. Reigis, en sus años tiernos, escudriña fenómenos y presencias con tendencias a la renovación constante desde los aleteos prístinos de la ilusión ingenua, hasta el ideal recto, con aspiraciones colectivas y un espíritu altruista templado en el yunque de las tragedias humanas. — VOLGA MARCOS, "Umbral", París.

Las siete antifábulas (en "Locura") necesitan ser meditadas detenidamente y todo lo que se diga sobre ellas será poco. Representan un conjunto coral de belleza inmarcescible que posiblemente nunca haya sido presentado, de una manera tan original y acabada, en todas sus partes...

Nos es grato dejar una vez más constancia de la estrecha compenetración que entre Troise y Reigis, en el caso de estos poemas, se destaca, para bien de los lectores amantes de lo bello. Esperamos que esta unidad de sentimientos entre autor y traductor se siga manteniendo, y, si posible fuera, amalgamando más aún, para que nuestro idioma se enriquezca, positivamente, con estas claras y edificantes versiones de los poemas de Eugen Reigis. — COSME PAULES, "Cenit", Toulouse.

La nostalgie de son pays natal (en "En un lugar de los Andes") s'harmonise admirablement dans la poésie de notre compatriote avec la réverie languissante qu'inspire au Sud-Américain sa terre. — Rev. "LA NATION ROUMAINE", París.

Como coroa de doirados louros descobrimos en "Locura y siete antifábulas" sob o título "El cuervo", uma das obras mas perfeitas da literatura. O corvo, em suas aduncas e agressivas garras, já arrancou versos de notáveis celebridades; lembremos o "corvos" de Edgar Poe que todo mundo conhece e, estarrecido, recorda. Mas o "Cuervo" de Reigis voa ás alturas intelectuais e sobrehumanas que nenhum outro poeta jamais logrou... E absolutamente incoercível o ponto de exclamação que colocamos sobre estas tres páginas cujo conteúdo constitui imprescindível dever como leitura de quem tiver mesmo a minima dose de sensibilidade artistica. — FERNANDO NOBRE, supl. lit. de "Jornal do Commercio", Rio de Janeiro.

...Lasciamo infine ai lettori sensibili di gustare l'effusione lirica di un sentimento estetico amalgamato alla meditazione ideale, con soggetti originali, del libro "En un lugar de los Andes". — EDMONDO MARCUCCI, "L'Incontro", Torino.

Baluarto del pensamiento europeo en lengua castellana, no ha cedido en sus aspiraciones de la juventud. Frente a él se han estrellado los ejércitos, y encendido los corazones al recuerdo de Zweig, de Toller, de Alfredo González Prada, de los aniquilados

en los campos de concentración del mundo, de los inadaptados. Por boca de Relgis cobran universalidad las tres palabras portadoras de la buena nueva anunciada por Ghandi. Al revés de Gerard Hauptman, Eugen Relgis no ha renunciado a su ascendiente y pensamiento de origen que ennobleció y de los que hizo poesía y expresó ideas en todas las lenguas que le son comunes. — CAMPIO CARPIO, Buenos Aires.

Poesía que amaneció en idioma rumano en tres versiones (1914, 1915 y 1926), y cuya traducción castellana debemos a Pablo R. Troise. Es fijando el casi medio siglo de procedencia de estos versos, como aquilatamos su aporte sustancial a la cosmovisión que, de ahí en adelante, se enseñoreó de las rutas poéticas. Hay, como en toda la obra de Relgis, un predominio o predilección de la Naturaleza sobre la Civilización. — MANUEL SUAREZ MIRAVALL, "Idea", Lima, Perú.

Para Eugen Relgis, la seguridad de mi total admiración, mi amistad verdadera pero silenciosa... y mi atención permanente a su trayectoria de luz. — JUANA DĒ IBARBOURO, Montevideo, 30 de Julio de 1962.

Eugen Relgis, fecundo escritor rumano vastamente conocido, que ha fijado su residencia en la capital uruguaya, maduró en la juventud su espiritualidad a la luz de aquellos ideales de redención humana que, nunca dormidos en la historia, cobraron magnífico vigor en las esperanzas e ilusiones nacidas en el seno de la primera conflagración mundial. Admirador y amigo de Romain Rolland y en relación cordial con otras nobles figuras surgidas en los primeros lustros de este siglo (Stefan Zweig le prologó la novela "Mirón el Sordo") se ha vuelto Relgis el apóstol del espíritu humanitarista del creador de "Juan Cristóbal", quien ponía en él su confianza en el ocaso de la vida, para transmitir al porvenir su pensamiento pacifista y universalista. — ROBERTO F. GIUSTI, "La Prensa", Buenos Aires.

**EN UN LUGAR DE LOS ANDES** de Eugen Relgis. Poemas de madurez, dentro de lo narrativo-descriptivo. Sabe incorporar el paisaje y lo social al íntimo sentir de personales experiencias. Se nota algo nuevo, diferente, que no existe en el mundo hispánico, seguramente por no ser el autor nativo de Hispanoamérica. Pero admiro el dominio del lenguaje y la segura captación de realidades nuevas. — ALFREDO ROGGIANO, director de la "Revista Iberoamericana", University of Iowa, EE.UU.

Poemas inspirados en la captación del paisaje y en la meditación sobre los hombres, todo ello aflorado del profundo venero espiritual y delicado de Relgis, cuya firmeza de carácter y limpieza de alma hacen atractivos los temas que poco se atreven a describir en estos tiempos. — MARIN CIVERA, Méjico.

"En un lugar de los Andes" nos causa la rara impresión de encontrarnos de pronto con un buril prodigioso entre las manos. Un buril capaz de penetrar mágicamente en el corazón geológico de los siglos para mostrarnos los orígenes y la creación de una América que el poeta acaba de descubrir. — C. VEGA ALVAREZ, "Cumbres", Sevilla, España.

Ces poèmes sont écrits en espagnol, ce qui nous rend difficile leur diffusion. Souhaitons qu'un traducteur, qui devrait être aussi poète, nous les rende accessibles. La barrière des langues est cependant impuissante à tuer certaines harmonies. — FRANÇOIS LAUGIER, "Cahiers du Pacifisme", Francia.

El poeta saluda al Continente Nuevo que ha descubierto... Y retorna a la poesía, con el toque de un lirismo en donde la nostalgia del exilio, y la conciencia de su propia condición humana y la de los otros hombres, le confiere a su palabra una altitud de trascendencia universal. — JULIO ARISTIDES, director Rev. "Euterpe", Buenos Aires.

Imagino que no podría encontrarse un lector que, después de leer a Relgis, no se sienta reconfortado y no desea darle las gracias por lo que ha escrito. Yo, en todo caso, lo hago desde aquí. — VICTOR ALBA, CNT, México.

El peregrino de Europa ha sabido captar en sus poemas la voz y el alma de América mejor que muchos poetas vernáculos. — R. CANSINOS ASSENS, Madrid.

Magnífico poemario "En un lugar de los Andes" en el cual ha trasladado, con gran fuerza cohesiva, las técnicas de la pintura a la armoniosa arquitectura del verso. — ALBERTO RUSCONI, Montevideo.

Creo que Pablo R. Troise ha realizado una obra maestra con la versión castellana de "En un lugar de los Andes", poema épico, grandioso y estremecedor, que conmueve en lo heroico y nos da, me atrevo a decir, aproximadamente, la estatura y el eco de la voz profética y solemne de Relgis. Eso sólo, ya vale su breve libro. — A. MONTIEL BALLESTEROS, Montevideo.

"En un lugar de los Andes" vemos al escritor preocupado por describir —en extensión y profundidad— el panorama americano, observado con penetrantes ojos europeos y sentido con corazón universal. Impulso pánico, aliento vitalista, virtual aprehensión de lo telúrico conforman la cifra de su gratitud americana, reconocimiento que, como en todos los grandes espíritus, asume la forma de un "acto de amor". — ANTONIO REQUENI, "La Prensa", Bs. Aires.

Relgis muéstranos en esta ocasión una faceta de su creación intelectual poco conocida en el idioma español como es su producción poética, que ya en su juventud la comenzara con acentos originales, allá en su Rumania natal, hace 45 años cuando apareció su libro de poesía "La locura". — V. FUENTEALBA, "Nueva Senda",

## OBRAS DE EUGEN RELGIS

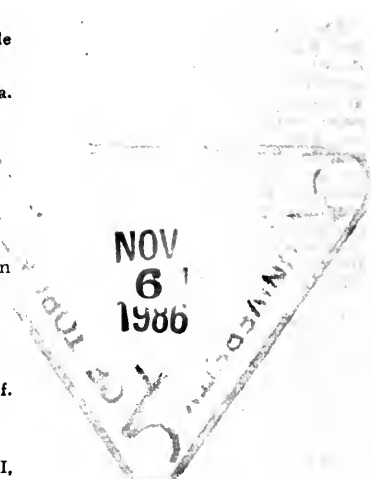
Diario de Otoño.  
Mirón el Sordo, novela, con prólogo de Stefan Zweig.  
Las Amistades de Mirón.  
Melodías del Silencio, poemas en prosa.  
En un lugar de los Andes, poemas.  
Locura y siete antifábulas, poemas.  
Corazones y Motores, poemas.  
El triunfo del No Ser, fantasías.  
Sol Naciente, cuentos y leyendas.  
Sendas en Espiral.  
Doce Capitales Peregrinaciones europeas.  
Romain Rolland.  
Stefan Zweig, Cazador de Almas.  
Los últimos años de Stefan Zweig en Sudamérica.  
Profetas y Poetas, ensayos.  
Testigo de mi tiempo.  
La Paz del Hombre.  
La Columna entre Ruinas, ensayos.  
El Espíritu Activo, ensayos.  
El Humanitarismo, con prólogo del Prof. G. Fr. Nicolai.  
(Premio Min. Instr. Pública, 1956)  
Humanitarismo y Socialismo.  
Historia Sexual de la Humanidad, (ed. II, aumentada).  
Cosmopolis.  
Albores de Libertad.  
La Literatura, el Arte y la Guerra.  
Perspectivas Culturales en Sudamérica.  
(Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, 1958).  
(Premio Min. Instr. Pública 1959).  
El Hombre Libre frente a la Barbarie Totalitaria. "Anales de la Universidad", Montevideo.  
De mi Calendario.

### AGOTADAS

De mis Peregrinaciones Europeas.  
Bulgaria Desconocida.  
Freud, freudismo y las verdades sociales.  
George Fr. Nicolai, un sabio y un hombre del porvenir.  
Individualismo, Estética y Humanitarismo.  
Humanitarismo y Eugenesia.  
Los Principios Humanitaristas, con prólogo de Albert Einstein.  
Tres Conferencias.  
La Internacional Pacifista, con prólogo de Romain Rolland.



Pedidos: EDICIONES "HUMANIDAD"  
Montevideo, Gaboto 903, ap. 7, teléf. 40 51 53.  
Buenos Aires, Lavalle 2862, p. 3, ap. 9, teléf. 88 32 57.





**PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET**

---

**UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY**

---

---

PC  
839  
R45C67  
1900z  
c.1  
ROBA

